

por lo que, en fin, te he servido y mi padre á tus abuelos.
 ¿Qué talle, qué rostro tiene, qué brio, qué entendimiento? Que, pues tú la guardas tanto, debe de ser de los cielos.

CONDE. Ellos se duelan de mí, pues inocente padezco tan grande persecución. Y tú, villano, grosero, ¿también ayudas á quien gusta de quitarme el seso?

CLARÍN. Señor, tente, que no es justo que juzgues atrevimiento decir lo que dicen todos.

CONDE. ¿Cómo todos?

CLARÍN. Lo primero, dice Florela, señor, que vió á Finea, y haciendo extremos por tus injurias, daba perlas y oro al suelo: éstas de sus bellos ojos, y esotras de sus cabellos. Lo segundo, dice el Rey y los grandes, que estuvieron en la cámara, que han visto á Finea, que pidiendo justicia movió á piedad cuantos la vieron y oyeron. Y porque no puede ser que lo finjan, dice Alberto que es su hermana: pues ¿qué quieres? Todos mienten? Vive el cielo, que si me dijeran todos que era caballo ó jumento, que en una caballeriza pusiera á un pesebre el pecho, y que si dijeran que era murciélago ó cuervo negro, que me arrojara á volar desde un corredor de aquestos. Hace entender una dama á su marido, que viendo está el mancebo que viene á su casa por momentos, que es por una prima suya; y mil veces los hijuelos que salen zarcos y rubios, siendo el hombre pelinegro, que se parecen á un tío que era colorado y fresco, y críalos el tal hombre como si fuera su dueño. Hace entender la doncella á su noble padre viejo que toma acero en Abril, y sale vivo el acero. Hace entender la soltera que tiene treinta requiebros, que son todos primos suyos, y créenlo todos ellos. Hace la viuda entender, con más tocas que un armenio, que es bayeta lo que viste, y es oro todo el manteo: ¿Y no quieres tú creer lo que todos están viendo?

Acaba ya, que es locura negar lo que ven los ciegos. Infame ¿qué es lo que dices? ¿hablas conmigo? ¿qué es esto?

CONDE. Tente, señor.

CLARÍN. ¡Vive Dios, que de temor me detengo!

CONDE. ¿Por qué diréis que estoy loco? Pero yo debo de serlo: acabóse, yo lo estoy; ¿lo que todos dicen niego? Por Dios, que si el mayor sabio que vieron latino ó griego Atenas ó Roma, fuera, que le quitaran el seso. Pues quitaré yo la vida á quien me tratara de esto.

CLARÍN. Señor, Señor, yo no digo que lo he visto ni lo creo, sino que lo dicen todos.

ESCENA XI

DICHOS Y FINEA, en su hábito de paje.

FINEA. ¿Está aquí el Conde?

CLARÍN. A buen tiempo...

CONDE. ¿Qué quieres, Celio?

FINEA. Señor, por muchos años y buenos te cases con esa dama que en tanto rigor te ha puesto, que no hay en todo palacio otra cosa; y yo me huelgo por tu honor, que murmuraban mil envidiosos y necios. Vila salir, y por Dios que es gallarda en todo extremo, y que debe de tener no menos entendimiento. Bien haces en atajar el curso de estos enredos, que me dicen es muy noble y rica de hacienda y deudos, y que le diste en Hungría palabra con juramento que serías su marido: pues con esto has satisfecho el Rey de allá y al de acá.

(Saca la espada el Conde.)

CONDE. Finalmente infames¹ el que primero huyere podrá vivir.

CLARÍN. ¡La espada, señor! ¿qué es esto?

FINEA. ¿Pues tú para mí la espada?

CLARÍN. Huye, no le aguardes, Celio.

FINEA. Pues ¿por qué no me avisabas que el Conde estaba sin seso?

(Vanse huyendo.)

¹ Este pasaje está viciado evidentemente. El editor de las *Comedias escogidas* lo enmendó así:
 CONDE. ¡Infames! El que primero huyere, podrá vivir.
 CLARÍN. ¡La espada, señor! ¿qué es esto?, etc.

ESCENA XII

El CONDE.

Acabóse, fortuna; yo estoy loco; no tengo que esperar, pues un lacayo y un paje tienen mi valor en poco. ¡Abrase esta mujer, del cielo un rayo! Pero, por Dios, que á veces me provoco, si bien me causa tan mortal desmayo, presumir de que debe de ser cierto, y que se queja con razón Alberto. Así deben de estar los que enloquecen como yo ahora, no creyendo nada, á quien varias imágenes se ofrecen, nubes de confusión, alma turbada. Un rey, un reino, crédito merecen, pues todos esta dama desdichada vieron y hablaron, que con tal cuidado me pide la palabra que le he dado. Un Rey, ¿dónde no fué siempre creído? ¿qué ley no le da fe, si él solo jura? Pues luego ¿cuántos hombres han tenido noticia de mi engaño y mi locura? El seso tengo, vive Dios, perdido; mas que es del cielo todo me asegura. ¿No estaba cuerdo yo? ¿pues cómo es esto? ¿qué hechizo infame en tanto mal me ha puesto? Si hablé, si dije amores á Finea mientras duró en Hungría la embajada? Que no es mucho que loco de la idea la tenga ya confusa, ó ya borrada. Mas como quiera que el suceso sea, cumplir es justo la palabra dada: que si yo la gocé, no es bien ni apruebo faltar, por no acordarme, á lo que debo. Quiero decir al Rey, para que pueda desenojar al Rey, que fué accidente; y quiero casarme, con que queda mi seso en paz y libre de esta gente; que fuera de pedir que me conceda perdón, no puede haber cosa que intente que de más gusto en mis desdichas sea, pues veré por lo menos á Finea.

ESCENA XIII

El REY, el MARQUÉS y el CONDE.

MARQ. La espada tiene desnuda; pienso que quiere matarse.

REY. ¿Tanto aborrece el casarse, que de la muerte se ayuda?

MARQ. Llegue vuestra majestad, que es justo favorecer un caballero que ayer sirvió con tanta lealtad.

REY. ¡Ah! Federico, ¿qué es esto? ¿pues vos os tratáis así?

CONDE. ¿Hay más que pase por mí? ¿quién en tanto mal me ha puesto?

REY. Quitalde la espada vos.

CONDE. Bien digo yo que estoy loco. Quien el alma tiene en poco, Conde, no conoce á Dios.

REY. Tras ser loco, gran señor, ¿eso me añaden ahora?

CONDE. Ya mi fortuna mejorá.

ya voy cobrando valor; mire, señor, vuestra alteza la nobleza de mi casa. ¿Qué presto á otras cosas pasa! Ya trata de su nobleza. Yo le quiero, Ludovico, curar de aqueste accidente.

MARQ. Bien es que su alteza intente su remedio.

REY. Federico, vos teníades razón, y Alberto no la tenía, que Finea está en Hungría y niega vuestra afición. Sosegaos, volved en vos, que no os habéis de casar.

CONDE. (Ap.) (El Rey me quiere engañar; pues no lo ha de hacer, por Dios.) Señor, si hasta ahora he sido rebelde en no conocer que es Finea mi mujer y que de allá la he traído, sabed que la obligación y amor que tuve á Florela me obligaba á la cautela que puse en ejecución. Ya que estáis tan enojado, no es razón que por su gusto pase adelante el disgusto con que me habéis castigado. Mandad que venga Finea, que yo me quiero casar.

REY. Pues yo os quiero perdonar como vuestra mujer sea, y creed que acertaréis en hacer lo que es tan justo, dando á todo el reino gusto, por la opinión que tenéis. Dalde la espada que ya puede ceñirse la espada, por quien mi corona honrada en tantas partes está. Id, Federico, en buen hora á vuestra casa, y traeréis á Finea, porque deis su honor á tan gran señora, que os juro que es la que tiene más sangre del rey de Hungría.

CONDE. Señor, la palabra mía cumpliré yo si ella viene, que yo ¿cómo he de traer la que no tengo ni he visto?

REY. Mucho he de hacer si resisto en tanto enojo el poder. ¿No confesásteis aquí que la trujisteis de Hungría?

CONDE. Digo que verdad sería, puesto que yo no la vi.

MARQ. Mira, señor, que está loco.

REY. Traedla luego, ó hará que os prendan.

CONDE. Yo la traeré: vuestra alteza espere un poco. (Yo voy por ella, y no sé dónde la tengo de hallar; pero andaréla á buscar hasta que con ella dé.)

Pues todo el poder me fuerza de un Rey, que vengo á creer á que tengo de tener aquesta mujer por fuerza.) (Vase.)

REY. Id con él, Marqués, no haga el Conde algún desatino.

MARQ. No dejalle determino, porque el honor satisfaga de tan principal mujer, antes de mayor locura. (Vase.)

REY. Bien pudiera su hermosura su necio amor merecer. ¡Que tanto á Florela estima!

ESCENA XIV

El Rey y Florela, con manto.

FLORELA. (Ap.) (El Rey está hablando en mí: á buen tiempo vine aquí; oír mi nombre me anima.) Tengo por dichoso agüero que hable vuestra alteza en mí.

REY. No fué en tu favor, que así menos obligarte espero; antes estoy enojado.

FLORELA. Pues yo, señor, ¿te he ofendido?

REY. Si es Federico marido de mujer que ha disfamado y traído desde Hungría, y siendo más generosa, ¿parécete justa cosa quitársele tu porfia?

FLORELA. ¿Es bien que tu necio amor traiga sin sentido al Conde?

REY. ¿Esto, Florela, responde al generoso valor de tus padres, tus abuelos, de tu casa, á quien he honrado?

FLORELA. ¡Qué mal honran informando gran señor, ajenos celos! Ni al Conde quiero querer ni tengo por qué estorbar que le deje de pagar á tan principal mujer lo que dicen que le debe: á otra cosa vengo yo.

REY. Pues el Conde me engañó, sino es que su amor te mueve.

FLORELA. El lo debe de pensar, que es hombre de poco seso.

REY. Bien se ha visto en el exceso con que ha dado en porfiar que á Finea no tenía.

FLORELA. Mintió; que la he visto yo, con que me desengañó del engaño en que vivía.

REY. Pues di ahora lo que quieres, si libre del Conde estás.

FLORELA. Tú, que tanto aumento das al honor de las mujeres, gran señor, con tu favor, oye un notable secreto que es de mi remedio efeto.

REY. Débesme, Florela, amor.

FLORELA. En Nápoles está ahora don Alonso de Aragón,

cuyo talle mi afición, fuera de su sangre adora.

REY. ¿Qué dices?

FLORELA. Que yo lo sé, y le hablo cada día. No será mucha osadía que la sangre que heredé se atreva al rey de Aragón.

REY. No, Florela, que bien puedes igualalle, y aun le excedes en parte, que menos son.

FLORELA. Ya entiendo; las que podía tener de alguna humildad. Mi amor y su voluntad, para tanta dicha mía, tiene, señor, concertado, si gustas, que nos casemos, no porque los dos tenemos más que el haberlo tratado. Hame dicho que te hable, que sin tu gusto y favor no se atreve y tiene amor.

REY. El es suceso notable. Huélgome de tu ventura, que me dicen que el infante es gallardo y arrogante de su ingenio y su hermosura; y aun presumo que le vi alguna vez retratado.

FLORELA. ¿Dónde está?

FLORELA. Como criado del Conde, á quien sirve aquí, está en su casa, señor.

REY. ¿Este enredo más tenía el Conde?

FLORELA. Hallóle en Hungría sin conocer su valor, y á Nápoles le ha traído: sólo á mí se ha descubierto.

REY. Del Conde tengo por cierto que es el hombre mas fingido y de mayores enredos que hay en el mundo.

FLORELA. Señor, ya sabes que es el amor todo esperanzas y miedos. Hazme este bien.

REY. Si haré; no tengas pena, Florela.

FLORELA. Mi remedio me desvela.

REY. Ya que tu ventura fué, no lo perderás de mí, que hoy tengo de hacer de modo que tenga remedio todo. ¡Hola!

ESCENA XV

Dichos y un Criado.

CRiado. Señor.

REY. Traed aquí al Conde, Alberto y Finea.

FLORELA. Harás de tu gran valor cosa tan digna, señor, que famosa al mundo sea.

ESCENA XVI

Dichos y sale ALBERTO.

ALBERTO. Deseando, invicto Rey, cobrar mi honor, que mis deudos con más valor por ventura mueven el húngaro reino sin que á tu tierra se atrevan, vengo, como ves, resuelto á pedirte una merced de tu valor satisfecho. El Conde ahora me habló; diceme que está contento de casarse con mi hermana, que se la dé si la tengo, porque él no la vió en su vida, ni puede, no la teniendo casarse; de donde yo imagino que la ha muerto. Si ha muerto á mi hermana el Conde, como infame caballero ha procedido, señor; verdad es que lo sospecho. Pues el remedio que hallo es pedirte contra él campo, que es justo derecho en cosas que son dudosas. Concédemele, que quiero matarle si está culpado, porque si no, quiera el cielo que me dé la muerte á mí, de que ya tengo deseo.

REY. Alberto, si el Conde dice que aceptando el casamiento le pondrá en ejecución ¿qué otra fuerza hacerle puedo? Si de pedirte á Finea presumes tú que la ha muerto, mejor es que el desafío la seguridad del pleito. Pide, que yo haré justicia.

ALBERTO. Y he de aguardar los procesos sin honor por tantos días? No son mejores derechos las espadas que las plumas entre honrados caballeros?

ESCENA XVII

Dichos, el Conde, el Marqués, Clarín y Finea, de paje.

CONDE. Si su alteza otorga el campo, respondo que yo lo acepto.

MARQ. Mira que está el Rey aquí.

REY. En confusión habéis puesto, Federico, el reino todo, y aun los reinos extranjeros. Nunca fuéades á Hungría, que tanto mal habéis hecho y tantas honras quitado.

CONDE. Señor, aquí tengo el cuello; mandad cortarle, señor, pues á serviros no acierto; que nací tan desdichado, que, por más que os obedezco, no os acierto á obedecer.

REY. Mirad lo que dice Alberto, que es la parte que se queja.

ALBERTO. Digo, Señor, que sospecho que el Conde ha muerto á mi hermana, y dice que no la tiene.

CONDE. ¡Vive Dios, que no la tengo! Dénmenla, que luego al punto le daré la mano, y ciento le diera si las tuviera, porque todo mi deseo, fuera de agradar al Rey, es dejaros satisfecho del honor que habéis perdido.

ALBERTO. Pues, Federico, yo os reto de traidor y os desafío.

CONDE. Yo acepto el campo y me ofrezco á sustentar que mentís.

REY. Y yo á los dos le concedo.

ALBERTO. Bésoos mil veces los pies.

CONDE. Yo también los pies os beso.

ALBERTO. Esto queda bien así.

CONDE. ¿Para cuándo?

ALBERTO. Para luego.

REY. Basta que mañana sea.

FLORELA. Ya, señor, que queda esto á las armas remitido de tan buenos caballeros, ahora tienes lugar de ejecutar el concierto que te dije.

REY. ¿Dónde está, que yo también lo deseo, don Alonso de Aragón, que quiero honrarlo por deudo y saber su voluntad?

FINEA. (Ap.) Hoy me gano ó hoy me pierdo.

CLARÍN. Celio ¿de qué estas temblando?

FINEA. ¿No ves hablar en secreto al Rey?

CLARÍN. Si.

FINEA. Pues de mí habla.

CLARÍN. ¿De eso tiemblas?

FINEA. Deso tiemblo.

CLARÍN. ¿Pues qué trata con Florela?

FINEA. Ciertas cosas que yo entiendo.

CLARÍN. ¿No las puedo yo saber?

FINEA. Clarín, sabránse tan presto, que no hay por qué las preguntes.

FLORELA. Llegad cerca, señor Celio, que su alteza os quiere hablar. (Bien temeroso me acerco.)—

FINEA. ¿Qué me manda vuestra alteza?

REY. Don Alonso, ya no es tiempo de encubrir vuestra persona. Dadme los brazos, que quiero casaros hoy de mi mano.

FINEA. Señor, la palabra acepto y estimo tanto favor; pero sea el casamiento, si vos fuédes servido, con quien ya le tengo hecho.

REY. Eso mismo quiero yo y saber con quién espero.

FINEA. Con el conde Federico.

REY. ¡Vos con el Conde! ¿Qué es esto?

FINEA. ¿Esto os causa admiración?

REY. ¿No se acaban los enredos del Conde?

CONDE. Sólo me falta para rematar el seso lo que dice aqueste paje.— Hombre ¿estás en tí?

FINEA. No puedo ser hombre, que si lo fuera no tratara el casamiento contigo, que me has costado, Conde, trabajos inmensos desde el día que te vi en Hungría, pues siguiendo tus pasos con loco amor con tal confusión he puesto al Rey, á Alberto, á Florela y á ti: Pero el Rey y Alberto y Florela sepan hoy que aunque me has visto, y sirviendo tu persona estoy contigo, nunca supiste el suceso; que en efecto soy Finea, que de aqueste atrevimiento le pido perdón al Rey, á ti, á Florela y Alberto.

REY. ¡Hay suceso semejante!

CLARÍN. ¿Y á mí no? ¡Viven los cielos, que si lo hubiera sabido...!

CONDE. ¿Es posible que tú has hecho tanto mal á mi inocencia?

REY. Federico, ya no es tiempo

de examinar el amor, de quien latinos y griegos tantas cosas han escrito.

FLORELA. Su poder conozco inmenso; pero ¿es efecto de amor la burla de que me quejo á tu justicia?

REY. Florela, y tú, Conde, estadme atentos. Hoy mi voluntad es ley. Que sea Finea quiero mujer del Conde, que es justo de sus trabajos el premio. Yo no tengo por traiciones las industrias del ingenio, mayormente cuando amor ayuda al entendimiento. Todo ha de quedar en paz: dale tu la mano, Alberto, á Florela; en lo demás pongo perpetuo silencio.

CLARÍN. ¿No le dan nada á Clarín?

FINEA. ¿No basta que satisfecho quedes?

CLARÍN. ¿De qué?

FINEA. De Fenisa, pues como estaba la dejo.

CONDE. Aquí, senado, se acaba *La mujer por fuerza*, haciendo de la fuerza voluntad con que serviros deseo.

PRIMERA PARTE

PROSPERA FORTUNA DE DON ALVARO DE LUNA Y ADVERSA DE RUY LÓPEZ DE ÁVALOS

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Valdés.

PERSONAS

EL REY DON JUAN DE CASTILLA.
EL INFANTE DE ARAGÓN.
DON ALVARO DE LUNA.
JUAN DE MENA.
RUY LÓPEZ.
ALFONSO, Rey de Aragón.

LA INFANTA DE CASTILLA.
DOÑA ELVIRA, dama de la Infanta.
GARCÍA, } criados de Ruy López.
HERRERA, }
INÉS, criada de doña Elvira.
PABLILLOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

RUY LÓPEZ y sus criados GARCÍA y HERRERA, vistiéndole. Luego un PAJE.

RUY.
¿Qué hora es?

GARCÍA.
Señor, las nueve.

RUY.
A la vejez cualquiera mal se atreve. Tarde me levanto: mis continuos achaques lo han causado. Hijos, vestidme aprisa, porque antes que á palacio, vaya á misa. Herrera, Juan García, mucho huelgo de veros, á fe mía.

GARCÍA.
Tu vida el cielo aumente.

RUY.
Amigos, ¿qué se debe á aquella gente que he sentido allá fuera?

HERRERA.
Nada, señor; son pobres.

RUY.
Pues, Herrera, ¿no es deuda, y muy debida, la limosna que piden por mi vida? Que nunca el pobre aguarde; la limosna deshace el darla tarde. Dadme capa y espada, que se alegra el día, y si le agrada salir al campo agora al Rey, nuestro señor, pienso que es hora de verle, que ha tres días que no le vi por las dolencias mías.

UN PAJE.
Este papel te envía el marqués de Villena.